

# *El ángel del progreso: Los desafíos del concepto 'poscolonialismo'*\*\*

DIVERSIDAD.NET

DICIEMBRE 2019  
# 16 - AÑO 10  
ISSN 2250-5792

## **Resumen**

Mi interés por el concepto es doble, debido a la casi omnipresencia ritualista en la cultura contemporánea de palabras con el prefijo 'pos' (poscolonialismo, posmodernismo, posestructuralismo, posguerra fría, posmarxismo, posapartheid, postsoviético, posford, posfeminismo, posnacional, posthistórico, incluso postcontemporáneo) que señalan, creo yo, una gran crisis de época frente a la idea lineal e histórica de 'progreso'.

**Palabras clave:** Poscolonialismo - Poder - Tiempo - Espacio - Género.

## **Abstract**

I am doubly interested in the term, since the almost ritualistic ubiquity of "post-" words in current culture (post-colonialism, post-modernism, post-structuralism, post-cold war, post-marxism, post-apartheid, post-Soviet, post-Ford, post-feminism, post-national, post-historic, even post-contemporary) signals, I believe, a widespread, epochal crisis in the idea of linear, historical "progress."

**Keywords:** Postcolonialism - Power - Time - Space - Gender.

---

### **Dra. Anne McClintock\***

Princeton University  
am31@princeton.edu

\* McClintock, A. "The Angel of Progress: Pitfalls of the Term 'Post-Colonialism'". *Social Text* 31/32: 84-98. Copyright, 1992, Duke University Press. All rights reserved. Republished by permission of the copyright holder, Duke University Press. <https://doi.org/10.2307/466219>

\*\*El presente artículo fue traducido por el Mag. Jodor Jalit, miembro del Instituto de Artes y Ciencias de la Diversidad Cultural de la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

*Su cara mira al pasado...Al ángel le gustaría quedarse, despertar a los muertos, y reconstruir aquello que fuera destruido. Pero, una tormenta avanza desde el Paraíso. Lo atrapó de las alas con tanta violencia que el ángel no las puede cerrar. Esta tormenta lo impulsa irresistiblemente hacia el futuro al cual le da la espalda, mientras que la montaña de escombros frente a él crece hacia el cielo. Esta tormenta es lo que llamamos progreso.*

-Walter Benjamin

Para ingresar a la muestra Estado Híbrido en Broadway, uno debe atravesar El Pasaje. En lugar de una galería, uno se encuentra con un oscuro vestíbulo donde la invitación a seguir se anuncia con la palabra en blanco: COLONIALISMO. Para ingresar al espacio colonial, uno debe encorvarse y atravesar una puerta baja, del otro lado se encuentra otro espacio oscuro -un recuerdo curatorio, aunque fugaz, de Fanon: “El nativo es un ser cercado” (Fanon, 1963: 29). Aparentemente, la salida del colonialismo se encuentra más adelante. Una segunda palabra en blanco, POSCOLONIALISMO, invita a seguir recorriendo la historia a través de una puerta más grande, detrás de la cual uno se encuentra totalmente erguido frente al luminoso y ruidoso ESTADO HÍBRIDO.

Estoy más fascinado con las disímiles ideas de historia, que dan sentido a ‘El Pasaje’ y ‘Estado Híbrido’, que la muestra en sí misma. La muestra celebra la ‘historia paralela’:

*La historia paralela destaca la realidad de que ya no hay una visión dominante en la cultura del arte estadounidense rodeada por ‘otras’ de menor relevancia. En su lugar existe una historia paralela que va modificando nuestro entendimiento respecto de la transculturalidad.  
(The Hybrid State Exhibit)*

A pesar de esto, el compromiso de la muestra con la ‘historia híbrida’ (tiempos múltiples) se contradice con la lógica lineal de El Pasaje (“Un Camino Corto hacia la Libertad”) que, como se descubre posteriormente, recrea una de las más recalcitrantes formas de colonialismo. En la narrativa colonial, como en El Pasaje, el espacio es tiempo, y la historia se construye en torno a dos movimientos necesarios: el avance del ‘progreso’ humano desde el encorvamiento privativo hacia la posición erguida y el razonamiento iluminado. El otro movimiento es en la dirección contraria: la regresión desde la adultez (blanca, machista) hacia la original y negra ‘degeneración’, usualmente representada con la figura de la mujer. El Pasaje recrea la siguiente lógica temporal: acceso al progreso por medio de puertas ascendentes desde la prehistoria primitiva sin idioma y luz, a través de las etapas épicas del colonialismo, poscolonialismo e hibridez iluminada. Para salir de la muestra, se debe recorrer la historia en sentido opuesto. Al igual que en la narrativa colonial, el desplazamiento hacia adelante en el espacio es hacia atrás en el tiempo: desde la posición erguida con conciencia verbal y libertad híbrida -representada por el (no tan libre)

conejo blanco llamado 'Libertad' que se pasea por la muestra- hacia las etapas épicas de menor importancia y llegar a la zona precolonial del caos sin idioma; desde el habla al silencio, de la luz a la oscuridad.

Me intriga la paradoja que estructura a la muestra por su condición paradójica y, sugiero, da forma al concepto 'poscolonialismo'. Mi interés por el concepto es doble, debido a la casi omnipresencia ritualista en la cultura contemporánea de palabras con el prefijo 'pos' (poscolonialismo, posmodernismo, posestructuralismo, posguerra fría, posmarxismo, posapartheid, postsoviético, posford, posfeminismo, posnacional, posthistórico, incluso postcontemporáneo) que señalan, creo yo, una gran crisis de época frente a la idea lineal e histórica de 'progreso'.

\*\*\*

En 1855, el año de la primera imperial Exposición de París, Víctor Hugo anunció: "El progreso es seguir los pasos de Dios". Los 'estudios poscoloniales' se oponen a la idea imperial de temporalidad lineal, la "gran idea de progreso y perfección," como la llamara Baudelaire. A pesar de esto, el *concepto* 'poscolonialismo', al igual que la muestra misma, está a la sombra de la representación del 'desarrollo' lineal que pretende desarmar. Metafóricamente hablando, el concepto 'poscolonialismo' define la historia como una serie de etapas sucesivas que van desde 'lo precolonial' pasando por 'lo colonial' para llegar a 'lo poscolonial' -un compromiso incuestionable e innegable con la linealidad del tiempo y el concepto de 'desarrollo'. Si la tendencia teórica de concebir una literatura del 'Tercer Mundo' progresando desde la 'literatura de protesta' a través de la 'literatura de resistencia' hacia una 'literatura nacionalista' fue criticada por recrear el tropo Iluminista del progreso secuencial y 'lineal', el término 'poscolonial' es susceptible a las mismas críticas y por los mismos motivos. Metafóricamente, haciendo equilibrio sobre la frontera entre lo antiguo y lo novedoso, fin y principio, el término anuncia el final de una era mundial, pero dentro de la misma descripción del progreso lineal que animó a dicha era.

Si la *teoría* 'poscolonial' anhela desafiar la gran marcha del historicismo occidental con sus séquitos binarios (yo-otro, metrópolis-colonia, centro-periferia, etc.), el *concepto* 'poscolonialismo', a pesar de todo, reorienta al mundo en torno a una sola y binaria oposición: colonial/poscolonial. Más, la teoría entonces deja de ser un eje binario de *poder* (colonizador/colonizado -matizado equivocadamente, como en el caso de la mujer-) para transformarse en otro de tiempo, un eje políticamente menos contrastante debido a que no distingue entre los beneficiarios (los ex colonizadores) y las víctimas del colonialismo (los ex colonizados). La 'escena poscolonial' ocurre al dejar en suspenso a la historia, como si los hitos históricos ya hubieran ocurrido y no se estuvieran desarrollando. Si la teoría promete la descentralización de la historia en hibridismo, sincretismo, tiempo multidimensional, y demás, la *singularidad* del término redirige a la historia global en torno a la inconfundible categoría del tiempo europeo. Así, el colonialismo retorna en el momento de su desaparición.

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University

am31@princeton.edu

La palabra ‘pos’, además, reduce las culturas de las poblaciones que atravesaron el colonialismo al tiempo *preposicional*. El término asigna al colonialismo el prestigio de la historia misma; el colonialismo es el hito determinante de la historia. Las otras culturas sólo comparten una relación cronológica y preposicional con la época eurocéntrica que termina (pos), o todavía no ha comenzado (pre). En otras palabras, las multitudinarias culturas mundiales no están marcadas por los aspectos positivos que las distinguen, pero sí, retrospectivamente, por la relación de subordinación con la temporalidad lineal europea.

El término también indica un rechazo a la rendición del privilegio de ver el mundo en términos de una singular y atemporal abstracción. Revisando la reciente ola de artículos y libros sobre ‘poscolonialismo’, me sorprende las pocas veces que el término es utilizado para resaltar *multiplicidad*. Lo que sigue, se propaga: ‘la condición poscolonial’, ‘la escena poscolonial’, ‘el intelectual poscolonial’, ‘el emergente espacio de la disciplina del poscolonialismo’, ‘poscolonialidad’, ‘la situación poscolonial’, ‘espacio poscolonial’, ‘la práctica de poscolonialidad’, ‘narrativa poscolonial’, y la más molesta, atrapa todo: ‘el Otro poscolonial’.

No estoy convencida de que al inscribir la historia como un único problema se atienda correctamente a una de las disciplinas más importantes y emergentes de investigación intelectual y política. De la misma manera en que la categoría ‘Mujer’ fue desacreditada por representar un falso feminismo universal, incapaz de distinguir entre las distintas historias y desequilibrios de poder entre las mujeres, la singularidad de la categoría ‘poscolonial’ permite con demasiada rapidez una tendencia panóptica que observa al mundo a través de abstracciones genéricas y vacías de matices políticos. La amplitud del horizonte se vuelve tan grande que los desequilibrios internacionales de poder permanecen efectivamente indistinguibles. Categorías históricamente vacías como ‘el otro’, ‘el indicador’, ‘el indicado’, ‘el sujeto’, ‘el poderoso’, ‘el poscolonial’, si bien gozan de prestigio académico y comercialización profesional, corren el riesgo de reducir a dimensiones invisibles las distinciones geopolíticas.

Los autores del reciente libro *The Empire Writes Back*, por ejemplo, defienden el concepto ‘literatura poscolonial’ con tres argumentos: se “enfoca en la relación que proveyó el impulso creativo y psicológico más importante de la escritura”, expresa el “motivo para el agrupamiento en un pasado común”, y “otorga indicios sobre la visión de un futuro con mayor libertad y optimismo” (Ashcroft, Griffiths y Helen, 1989: 24). Sin embargo, la inscripción de la historia en torno a una sola “continuidad de preocupaciones” y “un pasado común” corre el riesgo de negar distinciones internacionales cruciales que apenas han sido entendidas e inadecuadamente teorizadas. Más, los autores decidieron, en el mejor de los casos de manera idiosincrática, que el concepto ‘poscolonialismo’ no debiera ser entendido como todo lo que ha sucedido desde el colonialismo europeo, si no como todo lo que sucedió desde el mismo *comienzo* del colonialismo, lo cual im-

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University  
am31@princeton.edu

plica retrasar los relojes y abrir los mapas del 'poscolonialismo' en 1942, y antes (Ibíd.: 2)<sup>1</sup>. Así, Henry James y Charles Brockden Brown, sólo por nombrar dos ejemplos, repentinamente abandonan su intimidad con el tiempo, y avanzan hacia 'la escena poscolonial' junto a otros como Ngũgĩ Wa Thiongo y Salman Rushdie.

Más problemático, el quiebre histórico que sugiere la preposición 'pos' oculta tanto las continuidades como las discontinuidades del poder que dieron forma a los legados coloniales de los imperios europeo y británico (para no mencionar el islámico, japonés, chino, y otros poderes imperiales). Así, las diferencias políticas *entre* las culturas se ven subordinadas a la distancia temporal con el colonialismo europeo, pero el 'poscolonialismo' (al igual que el posmodernismo) no es desarrollado equitativamente a nivel global. Argentina, formalmente independiente del imperio español hace más de un siglo y medio, no es 'poscolonial' en el mismo sentido que Hong Kong (destinado a ser independiente de Inglaterra recién en 1997). Tampoco es Brasil 'poscolonial' en la manera que lo es Zimbabue. ¿Puede afirmarse que la mayoría de los países del mundo, en cualquier sentido significativo o teórico riguroso comparten un 'pasado común', o una 'condición' común, llamada 'la condición poscolonial', o 'poscolonialidad'? La historia de la colonización africana es indudablemente, en parte, la historia de la colisión entre los imperios europeos y árabes, y los numerosos linajes estatales y culturales. ¿Pueden ahora estos países ser mejor entendidos como productos exclusivos de la experiencia 'común' de colonización europea? De hecho, muchas culturas contemporáneas africanas, latinoamericanas, caribeñas y asiáticas, si bien profundamente afectadas por la colonización, no están *principalmente* preocupadas por su antiguo contacto con Europa.

Por otro lado, el concepto 'poscolonialismo' es en muchos casos prematuramente celebratorio. Irlanda puede, esfuerzo de por medio, ser 'poscolonial', pero para los habitantes de 'Irlanda del Norte' que viven bajo la ocupación británica, y evitando mencionar a la población palestina en Territorios Ocupados y Cisjordania bajo administración israelí, no hay nada de 'pos' en el colonialismo. ¿Es Sudáfrica, Timor Oriental o Australia 'poscolonial'? ¿Qué ley divina de amnesia histórica permite a los EE.UU, en particular, considerarse 'poscolonial' -un concepto que sólo puede representar una afronta a los nativos americanos- actualmente en oposición al sentimiento triunfal de 1992? Además, también se puede indagar si la aparición de la Fortaleza Europea en mayo de 1992 no significa el surgimiento de un nuevo imperio, aunque sin fronteras establecidas y alcance global aún incierto.

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University  
am31@princeton.edu

---

<sup>1</sup> "Usamos el concepto 'pos-colonial,' sin embargo, para cubrir toda la cultura afectada por el proceso imperial desde el momento de la colonización hasta la actualidad." (Ibíd., 2).

Por eso, mis dudas no se refieren a la sustancia teórica de la ‘teoría poscolonial’ a la cual le tengo gran admiración. En su lugar, lo que cuestiono es la orientación de la disciplina emergente y los concurrentes cambios teóricos y curriculares, en torno a un único y monolítico concepto organizado alrededor de un eje binario de tiempo en lugar de poder que, en su prematura celebración del colonialismo como parte del pasado, corre el riesgo de confundir las continuidades y discontinuidades del poder colonial e imperial. Tampoco anhelo desterrar el concepto a un frío y verbal Gulag; no hay motivo aparente para evitar su uso juicioso en circunstancias apropiadas, en el contexto de otros conceptos, aunque con un rol menos grandilocuente y global.

Teóricamente se puede distinguir entre una variedad de formas de dominación global. *Colonización* implica la apropiación directa del territorio de otra entidad geo-política, en combinación con la evidente explotación de sus recursos y mano de obra, y la sistemática intervención en las capacidades de la cultura apropiada (en sí mismo no necesariamente una entidad homogénea) para organizar la distribución de poder. Colonización interna sucede cuando una parte dominante del país trata a otro grupo o región de la misma forma en que lo haría con una colonia extranjera. *Colonización imperial*, por extensión, implica el amplio dominio territorial del tipo que permitió durante la época victoriana al Imperio Británico y a ‘lores de la humanidad’ europeos controlar el 85% del mundo, y al gobierno totalitario de la URSS gobernar Hungría, Polonia y Checoslovaquia en el S. XX.

Sin embargo, colonización puede involucrar a un solo país. Actualmente, China sostiene el control colonial del Tíbet, de la misma manera que Indonesia hace lo propio en Timor Oriental, Israel en los Territorios Ocupados y Cisjordania, o Gran Bretaña en Irlanda del Norte. Desde 1915, Sudáfrica mantiene su borceguí colonial sobre el territorio de Namibia, primero a través del mandato de la Liga de Naciones, y luego, desafiando una Resolución de la Asamblea General de ONU y la decisión de la Corte Internacional de Justicia de 1971. Recién en 1990, luego de quitar a Namibia la mayoría de sus diamantes, Sudáfrica estuvo dispuesta a devolver el cascarón vacío a los namibios. Israel continúa ocupando de forma parcial el Líbano y Siria, al igual que Turquía hace lo propio en Chipre. Ninguno de estos países puede, con justicia, ser llamado ‘poscolonial’.

Diferentes formas de colonización dieron lugar a sendas descolonizaciones. Donde se impuso la *colonización por implantación de población*, como en Argelia, Kenia, Zimbabue y Vietnam, los poderes coloniales se aferraron con particular brutalidad<sup>2</sup>. Además, la descolonización no fue similar. En Zimbabue, tras siete años de una feroz guerra civil que en su

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University  
am31@princeton.edu

---

<sup>2</sup> Durante la guerra de resistencia argelina pereció más de un millón de los 9 millones de argelinos.

punto más álgido se cobraba la vida de 500 personas por mes, y el 40% del presupuesto nacional era destinado al gasto militar, la puesta en escena británica del Acuerdo de la Casa de Lancaster de 1979 aseguró que un tercio de las tierras aptas para la producción agrícola (12 millones de hectáreas) quedarán en manos de una minoría blanca, una fracción mínima de la población (Meldrum, 1991:13). En otras palabras, mientras que Zimbabue obtenía la independencia política formal en 1980 (asumiendo la presidencia del Movimiento No Alineado 1986-1989), en términos económicos era *descolonizado parcialmente*.

Además, las *colonias por implantación de población independizadas* pueden distinguirse por la independencia formal del país metrópolis, y el continuo control sobre la colonia apropiada (así se traslada el control colonial desde la metrópolis hacia la colonia misma). Los EE.UU, Sudáfrica, Australia, Canadá, y Nueva Zelanda continúan siendo, desde mi perspectiva, colonias con población implantada independizadas no descolonizadas y, salvando la excepción de Sudáfrica, tampoco es posible que lo hagan en el corto plazo.

Más importante aún, el orientar la teoría en torno al eje temporal colonial/poscolonial facilita el *ocultamiento* y, por ende, hace más difícil la teorización de las continuidades en el desequilibrio internacional del poder *imperial*. Desde 1940, el imperialismo-sin-colonias de los EE.UU adoptó un número de formas distintivas (militar, político, económico y cultural), algunas ocultas completamente y otras a medias. El poder del capital financiero y las multinacionales de EE.UU para conducir el flujo de capitales, materias primas, armamento e información alrededor del mundo puede tener un impacto tan grande como el de cualquier régimen colonial. Es precisamente la gran sutileza, innovación y variedad de estas formas de imperialismo lo que hace que el quiebre histórico implícito en el término 'poscolonial' sea especialmente injustificado.

La América Latina 'poscolonial' ha sido invadida por los EE.UU más de cien veces durante este siglo solamente. En cada ocasión, los EE.UU intentó instalar una dictadura, apoyar un gobierno títere, o destruir una democracia. Durante la década de 1940, cuando la diplomacia de las cañoneras caía en desgracia, las relaciones de EE.UU con América Latina eran restablecidas por medio de una política económica imperial eufemísticamente llamada 'Buena Vecindad', particularmente diseñada para hacer de América Latina un patio más seguro para el viril agro negocio estadounidense. Los gigantescos barcos de almacenamiento en frío de la Compañía Unida de Frutas circunvalaban el mundo, llevando bananas desde países agrícolas pobres dominados por monocultivos e infantes de marina hacia la mesa de afluentes amas de casa norteamericanas (Euloe, 1989). Y, mientras Latinoamérica cosechaba bananas a mano para EE.UU, éste último elegía dictadores para América Latina. En Chile, el gobierno socialista electo de Allende fue derrocado por un golpe de Estado auspiciado por EE.UU. En África, las operaciones secretas como el asesinato de Patrice Lumumba en Zaire organizado por la CIA tuvieron consecuencias similares.

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University  
am31@princeton.edu

En medio del clima de guerra fría de la década de 1980, y todavía bajo el efecto del síndrome de Vietnam, EE.UU promovió la aún más secreta política militar de conflictos de 'baja intensidad' (en El Salvador y las Filipinas), generando los escuadrones de la muerte y los ejércitos subsidiarios (UNITA en Angola, y los Contras en Nicaragua), y entrenando y asistiendo a los regímenes militares totalitarios en tácticas antidemocráticas y de 'contrainsurgencia' (El Salvador, Honduras, Sudáfrica, Israel, y demás). En Nicaragua, en febrero de 1990, el 'voto miedo' ante la posible continuidad de la guerra encubierta con los EE.UU terminó derrocando al gobierno sandinista.

Los recientes ataques matones de EE.UU en Libia, Granada y Panamá, y más calamitoso aún en Irak, tienen todas las características de un renovado imperialismo militar, y una renovada determinación por revitalizar la hegemonía militar en un mundo en el cual está perdiendo rápidamente su hegemonía económica. Los ataques en Libia, Granada y Panamá (donde la victoria estaba segura) eran pruebas prácticas para el lanzamiento de un nuevo imperialismo que desafía la voluntad de protesta de la URSS, y del público estadounidense a dejar atrás el síndrome de Vietnam, permitiendo así una época de intervenciones más vulgares en los asuntos del Tercer Mundo. Al mismo tiempo, habiendo avivado la primera Guerra del Golfo, EE.UU no tenía la intención de dejar a un nuevo actor regional establecer un dominio colonial en la región.

Durante los tres años previos a la segunda Guerra del Golfo, el comercio armamentístico estadounidense se desplomaba. Luego de lo que un industrialista militar llamara grotescamente el 'gigante-comercial-por-las-nubes' de la Guerra del Golfo, la venta de armas de EE.UU experimentó un rápido aumento. EE.UU tenía la voluntad política para revigorizar al Consejo de Seguridad y forzar un consenso dentro de ONU, y la capacidad militar para sacarse de encima a 150.000 soldados iraquíes y alrededor de 200.000 civiles en un mes, sin embargo, no contaba con los medios económicos para pagar la guerra. Limitado por su gran deuda, EE.UU fue reintegrado ampliamente (un estimado de \$50.000 millones de dólares estadounidenses) por Arabia Saudí, Kuwait, Japón y Alemania; por eso, ahora parece que la guerra efectivamente lo benefició con \$4.000-5.000 millones. Al mismo tiempo, gran parte de los estimados \$20.000 millones necesarios para reconstruir Kuwait encontrarán su destino en compañías occidentales, mayoritariamente estadounidenses.

La guerra incrementó las probabilidades del surgimiento de un esquema de seguridad global basado en la fuerza militar -en lugar de la cooperación política-, vigilado por la tecnología de punta aplicada a las fuerzas armadas mercenarias de EE.UU (y tal vez de OTAN), desplazándose rápidamente alrededor del mundo, pagado por Alemania y Japón, y abocada a prevenir la emergencia de consensos regionales tercermundistas. Lejos de anunciar el final de la intervención imperial, la segunda Guerra del Golfo simplemente indica un nuevo tipo de intervención. No sólo es el concep-

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University

am31@princeton.edu

to 'poscolonialismo' inadecuado para teorizar estas dinámicas; además, oculta las continuidades y discontinuidades de la proyección global del poder estadounidense.

Mientras que algunos países pueden considerarse 'poscoloniales' con respecto a su antiguo amo colonial, pueden no serlo con respecto a sus nuevos vecinos colonizadores. Tanto Mozambique como Timor Oriental, por ejemplo, se transformaron en 'poscoloniales' al mismo tiempo que el imperio portugués levantó campamento promediando la década de 1970, y ambos representan advertencias frente a la utópica promesa y avance global de la preposición 'pos'. En Timor Oriental, la silla estaba tibia todavía cuando los filipinos invadieron, dando lugar a una singularmente violenta ocupación colonial que ya lleva dos décadas. La penuria colonial de los timorenses no fue cuestionada por la ONU, situación familiar para países sin riquezas que multipliquen su voz.

Por su parte, tras tres siglos de empresa colonial portuguesa en Mozambique, los portugueses fueron desplazados en 1975 por el movimiento socialista independentista, Frelimo. Sin embargo, la población blanca de Rhodesia del otro lado de la frontera, resentida ante la independencia y promesas socialistas de Mozambique, engendró un ejército de bandidos abocados a cultivar la ruina: la Resistencia Nacional de Mozambique (RNM). Luego de que Zimbabue misma lograra la independencia política de Inglaterra en 1980, Sudáfrica continuó financiando al RNM. Tras una década de ataques violentos del RNM y la actitud predatoria de Sudáfrica, sometieron al país a un fatal derramamiento de sangre y el desplazamiento de casi dos millones de personas. La catastrófica dimensión de la guerra forzó a Frelimo a renunciar a la ideología marxista y a considerar estrechar la mano de los bandidos. Hoy, Mozambique es en todo sentido un país de rodillas. Lo que pudo haber sido un ejemplo 'poscolonial' central, se convirtió en el campo de muerte de África del Sur.

Todavía ninguno de los conceptos 'poscolonial' o 'neocolonial' es verdaderamente adecuado para dar cuenta del RNM. Neocolonialismo no es la simple repetición de la experiencia colonial, ni siquiera otra más compleja, fusión hegeliana de 'tradición' y 'colonialismo' en un nuevo híbrido histórico. En años recientes, el RNM se forjó inextricablemente en torno a rivalidades interétnicas locales, distintas creencias religiosas, y nociones de tiempo y causalidad (especialmente intervención ancestral) que no pueden reducirse a un esquema occidental lineal del tiempo. Para lidiar con las complejidades que no pueden observarse bajo la rúbrica individual del 'poscolonialismo', son necesarios conceptos y análisis más complejos que incluyan temporalidades, historias y causalidades alternativas.

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University  
am31@princeton.edu

Conceptos universales singulares como 'el intelectual poscolonial' ocultan las disparidades internacionales en poder cultural, tecnología electrónica y medios de comunicación. El rol de 'África' en la 'teoría poscolonial' es diferente del rol de la 'teoría poscolonial' en África. En 1987, UNESCO es-

timó que África gastaba sólo el 0,3% de los \$207 mil millones destinados por el mundo a investigación y desarrollo científico. En 1975 el continente entero sólo tenía 180 diarios frente a los 1.900 de los EE.UU, sobre un total mundial de 7.970. Para 1984, el número de diarios africanos cayó a 150, para recuperarse parcialmente y alcanzar la cifra de 180 en 1987 (la misma cantidad que en 1955). En 1980, la producción de largometrajes era de 70. En comparación, la producción de películas en Asia era de 2.300 en 1965, y 2.100 en 1987 (Abraham, 1990). La industria del cine en India continúa siendo la más grande del mundo, mientras que el porcentaje de televisores, radios y otros aparatos electrónicos es minúscula.

El concepto ‘poscolonialismo’ es prematuramente celebratorio y confuso en más de una manera. El concepto se vuelve especialmente inestable con respecto a la mujer. En un mundo en el que la mujer realiza dos tercios del trabajo mundial, gana 10% del ingreso mundial, y es dueña de menos del 1% de la propiedad privada, la promesa del ‘poscolonialismo’ ha sido una historia de esperanzas postpuestas. Con cierta regularidad se ha ignorado que las burguesías y cleptocracias nacionales que se calzaron los zapatos del ‘progreso’ ‘poscolonial’ y la ‘modernización’ industrial han sido mayoritaria y violentamente masculinas. Ningún país ‘poscolonial’ otorgó a mujeres y hombres acceso igualitario a derechos y recursos del Estado-nación. Al igual que las necesidades de las ‘naciones poscoloniales’ han sido ampliamente identificadas con conflictos, aspiraciones e intereses masculinos, la misma representación del poder ‘nacional’ se apoya en nociones previas de poder de género.

Por eso mismo, para Fanon, quien lo supo mejor en otro momento, ‘colonizador’ y ‘colonizado’ son indudablemente masculinos: “La mirada del nativo hacia el colonizador es una de deseo...por sentarse en la mesa del colono, dormir en la cama del colono, con su esposa, si es posible. El hombre colonizado es un hombre envidioso” (Fanon, 1963: 30). A pesar de la inversión de los movimientos anticoloniales en la retórica de la unidad popular, la mayoría contribuyó en el establecimiento del poder de género. Las leyes de matrimonio, han servido particularmente para asegurar que la ciudadanía de la mujer en el Estado-nación esté mediada por la relación marital, de manera tal que la relación *política* de la mujer con la nación se vea sumergida en, y subordinada a, su relación *social* con un hombre por medio del matrimonio.

La militarización global de la masculinidad y la feminización de la pobreza aseguraron que la mujer y el hombre no experimenten la ‘poscolonialidad’ de la misma manera, o compartan la misma singular ‘condición poscolonial’. En la mayoría de los países, las políticas del FMI y el Banco Mundial favorecieron a los cultivos comerciales y las ganancias del capital de acuerdo con los intereses sistémicos del género masculino, y formaron un patrón predecible donde el hombre recibe el entrenamiento, la asistencia internacional, la maquinaria, los préstamos y el dinero. En África, las mujeres agricultoras producen el 65-80% de los productos agrícolas, pero no

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University

am31@princeton.edu

son dueñas de la tierra en la que trabajan, y son discriminadas continuamente por los programas de ayuda y proyectos de ‘desarrollo’.

La responsabilidad por el continuo sufrimiento de las mujeres no puede recaer exclusivamente en el colonialismo, o ser una nota al final de página para ser olvidado como un dilema ‘neocolonial’ pasajero. El persistente peso del interés económico masculino y los diferentes rezagos del patriarcado fundamentalista cristiano, confuciano e islámico continúan legitimando un acceso limitado de las mujeres a los pasillos del poder político y económico, la permanente desventaja educativa, el eterno mal del día doméstico doble, el desigual cuidado de hijos, la malnutrición de género, la violencia sexual, la mutilación genital, y la violencia doméstica. La historia de estas políticas machistas, si bien profundamente ancladas en el colonialismo, no es reducible al colonialismo y no puede ser entendida sin distinguir las diferentes teorías sobre poder de género.

Finalmente, los falsos conceptos universales como ‘la mujer poscolonial’, o ‘el otro poscolonial’ oscurecen las relaciones entre hombre y mujer, y entre las mismas mujeres. La relación entre una turista francesa y una mujer haitiana que lava sus sábanas es diferente a las relaciones entre sus maridos. Películas como *Fuera de África*, marcas de ropa como *Banana Republic*, y perfumes como ‘Safari’ comercializan nostalgia neocolonial en una era en la cual la mujer europea de camisa blanca y verde safari supuestamente encontró libertad dentro del imperio: administrando plantaciones de café, matando leones, y viajando en aviones a través del cielo colonial. Una comercialización incomprensible de la ‘liberación’ de la mujer blanca que no ha facilitado a la mujer negra la formación de alianzas con mujeres blancas en otras geografías, y mucho menos enfrentar las críticas de hombres nacionalistas que ya son hostiles al feminismo.

\*\*\*

Entonces, ¿cómo se puede explicar la curiosa omnipresencia de la preposición ‘pos’ en la vida intelectual contemporánea, no sólo en las universidades, sino también en las columnas periodísticas y en los labios de los grandes medios de comunicación? En el caso del ‘poscolonialismo’, por lo menos, el motivo en parte es su capacidad de comercialización académica. Si bien otra palabra p-c, se puede afirmar que ‘poscolonialismo’ es más aceptable y familiar que ‘Estudio del Tercer Mundo’ en los oídos de los directores de departamentos universitarios. Además, suena menos acusador que, por ejemplo, ‘Estudios sobre Neocolonialismo’, o ‘Combatiendo Dos Colonialismos’. El concepto es también más global y menos anticuado que ‘Estudios del Commonwealth’. Más, el concepto toma prestado del sorprendente éxito comercial del término ‘posmodernismo’. En tanto marca indeleble de un campo emergente entre las disciplinas de investigación y recipiente de conocimiento, el concepto ‘poscolonialismo’ hace posible la comercialización de toda una nueva generación de paneles, artículos, libros y cátedras.

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University  
am31@princeton.edu

El entusiasmo por palabras ‘pos’, sin embargo, se extiende más allá de los pasillos universitarios. El recurrente hechizo, casi ritualista, de la preposición ‘pos’ es un síntoma, considero, de una crisis global de las ideologías futuras, particularmente aquella que se refiere al ‘progreso’.

El primer movimiento tectónico en la idea de ‘progreso’ ocurrió con el abrupto cambio en la política de EE.UU hacia el Tercer Mundo en la década de 1980. Fortalecido por su ‘gran salto hacia adelante’ durante la década de 1950 (espacio, nuevamente, es tiempo) Estados Unidos insistió globalmente sobre la idea de que otros países podían ‘progresar’, sólo si aceptaban el camino hacia la prosperidad del consumo masivo. El ‘Manifiesto No Comunista’ de W.W. Rostow auguraba que las naciones llamadas ‘en desarrollo’ atravesasen etapas similares de desarrollo, dejando atrás a la pobreza vinculada con la cultura, a través de una modernización industrial monitoreada por los EE.UU, el Banco Mundial y el FMI, para alcanzar la prosperidad del consumo masivo. Sin embargo, y con la excepción del ‘milagro’ japonés y los Cuatro Tigres (Taiwán, Singapur, Hong Kong y Corea del Sur), desde la década de 1940 la vasta mayoría de la población mundial se encontró incluso más rezagada frente al estándar de consumo establecido por Occidente (ver Arrighi, 1991: 40).

Luego, entre 1979 (la segunda crisis del petróleo) y 1982 (el incumplimiento en el pago de la deuda mexicana), la economía mundial comenzó a resquebrajarse. Se hizo cada vez más evidente que Estados Unidos no estaba destinado a ser la única potencia económica del futuro. Debilitado por el fenomenal tamaño de su deuda, y progresivamente disminuido por el crecimiento de Japón y Alemania, EE.UU abandonó rápidamente la doctrina del ‘progreso’ y ‘desarrollo’ global. Durante el gobierno de Reagan, EE.UU estableció en su lugar una política abusiva para el pago de deuda de los países más pobres, reforzada por una agresiva competencia de mercado, y esporádicamente defendida a punta de cañón, como en Granada y Panamá. La catastrófica guerra en el Golfo solo sirvió para resaltar este punto. Para muchos países pobres, el cambio en la política estadounidense significó el abandono inmediato de la ilusión del ‘progreso’ capitalista, y la aceptación de posiciones crónicamente afectadas por la jerarquía global. Por eso, los países sólo podían aspirar a un ajuste del cinturón, el pago de la deuda, y mantener abierta alguna línea de crédito. En 1974, la ratio deuda-pago del 4,6% era manejable. Trece años más tarde se disparó al 25%. El colapso del modelo de ‘progreso’ de Estados Unidos significó para muchos regímenes, además, la deslegitimación de políticas nacionales en el contexto del pánico global por la crisis económica, la calamidad ecológica, y la creciente desesperanza popular. De hecho, un motivo para la creciente y popular atracción del fundamentalismo islámico es, en parte, el fracaso de los modelos capitalista y comunista de ‘progreso’. Como dijera un asesor libio de alto rango, Mayor Abdel-Salam Jalloud, sobre el destino del Frente Islámico de Salvación en Argelia: “Es imposible volver atrás. El FIS tiene una cita con la historia, y no se la perderá” (*The Guardian*, 14 de Enero 1992: 9).

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University  
am31@princeton.edu

Un patrón monótonamente sencillo emergió. Más allá del arrío de las banderas coloniales a lo largo de la década de 1950, un reconstruido imperalismo económico aseguró que EE.UU y las ex potencias coloniales europeas se enriquezcan mientras que, salvo algunas pequeñas excepciones, sus ex colonias se empobrecieron<sup>3</sup>. En el África previa a la descolonización, los proyectos del Banco Mundial apoyaron de manera constante a las economías coloniales. Desde la descolonización formal, y en contradicción con la presunta 'neutralidad' técnica y el mito de experto en la materia, los proyectos del Banco mundial han beneficiado groseramente el refinamiento y optimización de la extracción del plus producto, la exportación de materia prima, y los proyectos a gran escala al mejor postor, dando lugar a la aparición de cárteles y operadores extranjeros, asegurando que las ganancias culminen en los cofres de las multinacionales. Durante 1986, solamente por la caída en los precios de bienes de exportación, África perdió \$19.000 millones. En 1988 y 1989, el pago de intereses de deuda del Tercer Mundo a EE.UU alcanzó \$100.000 millones (Broad, Cavanagh y Bello (1992) en Hartman y Vilanova). Al mismo tiempo, de acuerdo con lo predicho por Fanon, las cleptocracias, las oligarquías militares, y los señores de la guerra pelearon entre sí para saquear al sistema. Para proteger estos intereses, la pequeña élite masculina de los países 'en desarrollo' gastó casi \$2.4 billones en equipamiento militar entre 1960 y 1987, casi el doble del total de la deuda del Tercer Mundo<sup>4</sup>. Ahora, pasada la 'década desesperada' de 1980 marcada por la deuda, la sequía y la desestabilización, la mayoría de los países del Tercer Mundo son más pobres que hace una década atrás<sup>5</sup>. 28 millones de africanos sufren desnutrición, y en países como Mozambique, Etiopía, Zaire, y Sudán, la economía simplemente colapsó.

---

<sup>3</sup> El sistema monetario internacional establecido en la Conferencia de Bretton Woods en 1944 excluyó a África (todavía colonizada) y la mayor parte de lo que ahora se llama el Tercer Mundo, y fue diseñado para lograr dos objetivos explícitos: la reconstrucción de Europa después de la II Guerra Mundial, y la Expansión y mantenimiento (especialmente después de la descolonización) del comercio internacional a partir del interés de las potencias coloniales y de EE.UU. El presidente del Banco Mundial y el subdirector general son siempre estadounidenses, mientras que, por tradición, el director general es europeo. Ver Payer C. (1982) *The Debt Trap: The International Monetary Fund and the Third World*. New York: Monthly Review, y Payer, C. (1982) *The World Bank: A Critical Analysis*. New York: Monthly Review.

<sup>4</sup> Broad, Cavanagh, y Bello (1992: 100) en Hartman y Vilanova. Los cálculos están basados en los datos publicados en Sivard, R. L. (1989: 6) *World Military and Social Expenditures 1989*. Washington DC: World Priorities. Unos pocos estados socialistas africanos, como Angola y Mozambique, trataron de evadir las presiones del FMI y del BM, hasta que la mala gestión económica nacional y las mutilaciones regionales de Sudáfrica los obligaron a ceder.

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University  
am31@princeton.edu

<sup>5</sup> El Banco Mundial ha concluido que "quince países africanos se encontraban en peor situación en varias categorías económicas después de la implementación de los programas de ajuste estructural...Un estudio del Banco Mundial descubrió que los países en vías de desarrollo, endeudados en el marco de los programas de ajuste estructural, sólo alcanzó al de otros no beneficiarios en la mitad de las ocasiones." Robin Broad, John Cavanagh, and Walden Bello, "Sustainable Development in the 1990's," en *Paradigms Lost: The Post Cold War Era*, ed. Chester Hartman y Pedro Vilanova, p. 96.

El mito del ‘desarrollo’ estadounidense tuvo un impacto severo en la ecología global. Para el año 1989, el Banco Mundial había destinado \$225.000 millones a países pobres con la condición de que enfrenten el purgatorio del ‘ajuste estructural’, exporten para alcanzar al ‘progreso’, reduzcan el gasto social y en educación (con el hacha cayendo más duramente sobre las mujeres), devalúen sus monedas, eliminen las tarifas comerciales, y talen sus bosques para pagar la deuda (George (1990) en Legget (ed.)). Bajo el encanto financiero de los EEUU (y ahora Japón), y en nombre del cuento de hadas del ‘crecimiento’ tecnológico y de capital ilimitado, el Banco Mundial construyó un desastre ecológico tras otro: el programa Transmisión Indonesia, el proyecto Amazonas Grande Carajas para la extracción de mineral de hierro y minas a cielo abierto, y el proyecto de deforestación Represa Tucuri, entre otros. El esquema brasileño Polo Noreste abrió camino a una autopista a través de la Amazonía, atrayendo el interés de las industrias maderera, minera y ganadera a la región con un impacto tan calamitoso que en mayo de 1987 incluso el presidente del Banco Mundial, Sr. Barber Conable, lo calificó de devastadoramente ‘aleccionador’<sup>6</sup>.

El ‘milagro’ de los Cuatro Tigres pagó por el progreso con paisajes salpicados por el agua contaminada, tierra tóxica, montañas desnudas, y muerte de corales marinos. En el ‘milagroso’ Taiwán, alrededor del 20% de las tierras cultivables del país está contaminado por residuos industriales, y el 30% de la producción de arroz contiene niveles insalubres de metales pesados, mercurio y cadmio (Broad, Cavanagh y Bello, 1992: 91). Un informe del Banco Mundial concluyó de forma deprimente en 1989 que una de las consecuencias de los “programas de ajuste” es que la “gente debajo de la línea de la pobreza seguramente sufra daños irreparables a la salud, nutrición y educación” (Ibíd.: 95). Ahora, Japón, insaciablemente necesitado de madera y materia prima, es el principal prestador de ayuda extranjera con \$10,000 millones. En breve, el ‘camino al progreso’ del Banco Mundial y el FMI demostró ser un atajo a lo que Susan George llamó “un destino peor que el endeudamiento”.

Para agravar la situación, a la caída del mito ‘progresista’ estadounidense le siguió el colapso de la Unión Soviética que arrastró asimismo a la gran narrativa del ‘progreso’ comunista. El zigzag del ‘progreso’ hegeliano-marxista, administrado por una economía burocráticamente dirigida, tenía como destino ineludible su propio final utópico. Para muchos, la caída del imperio soviético significó la pérdida de una cierta relación privilegiada con la historia en tanto épica del desarrollo lineal, aunque de progreso espasmódico, y con ella, también se perdió la promesa de que la economía comunista burocrática podría algún día reemplazar a EE.UU en la provisión global de un consumo abundante para todos. En consecuencia, tam-

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University  
am31@princeton.edu

<sup>6</sup> Hancock, G. (1989: 131), citando el discurso de Barber Conable en el World Resources Institute, Washington DC, 5 May, 1987.

bién se perdió la certidumbre política en torno al inevitable rol del hombre masculino, (y, cómo se descubriera más tarde, blanco), industrial, de la clase trabajadora, como agente privilegiado de la historia. Si la burocracia de la Unión Soviética se derrumbó, no fue bajo la presión popular surgida de la movilización industrial; más bien cayó por la doble presión de su propia corrupción económica y desenfrenado gasto militar. La ironía se sostiene al observar que las economías de Japón y Alemania no entraron en la insoportablemente costosa carrera armamentística. Por eso, a pesar de que los hombres se asesinan entre sí con mayor dedicación alrededor del mundo, ha habido una cierta pérdida de fe en el militarismo masculino como garante del 'progreso' histórico. Más, por primera vez en la historia, la idea del 'progreso' industrial impulsado por el 'desarrollo' tecnocrático significa alcanzar los límites de los recursos naturales mundiales.

Irónicamente, una última zona del globo que entonces abrazó la ideología del 'desarrollo' capitalista fue aquella bajo el control de Boris Yeltsin y sus aliados. El mundo observó con asombro a Yeltsin y sus compañeros de aventura maniobrar bruscamente para abandonar el camino de hierro de la economía centralizada, dirigida, comunista, e ingresar a los saltos al camino capitalista de la descentralización, ya no empoderados por la dialéctica como motor y garantía del 'progreso', sino por una feroz competencia y una rabiosa comercialización. Más allá de que el volantazo probablemente originara un desastre comparable con las hambrunas que siguieron a la primera revolución bolchevique, la bestia emergente del caos podría, de hecho, estar lejos del capitalismo occidental y más cerca de una oscura forma de fascismo.

Tanto para el comunismo como para el capitalismo, el 'progreso' era un viaje al futuro y el principio del regreso, porque en todos los relatos de 'progreso', el viajar por la 'ruta del progreso' implicaba, una vez más, volver sobre un camino previamente recorrido. Las metáforas de la 'ruta' y la 'vía del tren' garantizan que el 'progreso' sea un hecho consumado. El viaje era posible porque el camino ya se había recorrido (por Dios, la Dialéctica, el *Weltgeist*, el Ingenio de la Historia, la Ley de Mercado, el Materialismo Científico). Como lo definiera Hegel, el 'progreso' en el marco de la historia fue posible porque ya había sido alcanzado en el reino de la 'verdad'. Ahora, una vez que la lechuza de Minerva tomó vuelo, hay una gran incertidumbre respecto a su regreso.

El colapso de las teleologías capitalista y comunista del 'progreso', resultaron en la doble y sobredimensionada crisis de proyecciones del futuro. La situación de incertidumbre global diseminó una gran sensación de abandono histórico del cual la apocalíptica, y congelada en el tiempo, preponderancia de las palabras 'pos' es sólo uno de los síntomas. La tormenta del 'progreso' empujó indistintamente al comunismo y capitalismo. Ahora, el viento cedió y el ángel empolla con sus alas replegadas y los escombros a sus pies. En esta calma del 'final de la historia', el milenio se abalanzó tempranamente y el aire está lleno de expectativas.

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University

am31@princeton.edu

Francis Fukuyama anunció la muerte de la historia. El capitalismo, decía el autor, ganó la gran lucha contra el comunismo, y ahora es 'poshistórico'. Los países del Tercer Mundo se encuentran relegados en la zona de lo 'histórico', donde las problemáticas se resuelven por la fuerza (Fukuyama, 12 de agosto, 1990: 3). Sin embargo, el nuevo orden del día se encuentra lejos del 'final de la historia' y el triunfo del consumo capitalista estadounidense, y es más parecido a una competencia multipolar entre cuatro regiones del mundo: Japón, EE.UU, la Fortaleza Europea, y el Medio Oriente. El comercio de armamentos continuará mientras la atención de los magos militares-industriales del Armagedón pasa de los escenarios de la guerra fría a múltiples y dispersas guerras de desgaste, que enfrentan al ejército mercenario de EE.UU y sus representantes, y que financian Japón y Alemania. En EE.UU la desaparición del comunismo internacional como razón para el militarismo dará lugar a nuevos enemigos: la guerra contra las drogas, el 'terrorismo' internacional, Japón, feministas, las hordas del PC y 'radicales de turno', lesbianas y gay, y un número de blancos 'étnicos' internacionales.

Por este motivo, la necesidad de innovadoras teorías de la historia y de la memoria popular tienen cierta urgencia, particularmente memoria de medios masivos de comunicación. Indagar qué *único* concepto podría adecuadamente reemplazar a 'poscolonialismo', por ejemplo, exige repensar la situación global como una *multiplicidad* de poderes e historias que no pueden ser alineadas automáticamente detrás de la bandera de un único concepto, sea este feminismo, marxismo, o poscolonialismo. Tampoco la intervención en la historia significa levantar nuevamente el manto del 'progreso' o la pluma del empirismo. "Para el nativo", en palabras de Fanon, "la objetividad está siempre en su contra". Más bien, se clama por la *proliferación* de teorías y estrategias matizadas por la historia que permitan abordar con mayor efectividad las políticas de afiliación, y la calamitosa distribución de poder contemporáneo. Sin una voluntad renovada para intervenir lo inaceptable, enfrentamos un destino de quietud frente a un espacio vacío de historia en el que nuestra única dirección se revela al mirar hacia atrás, con asombro, a la época que acabamos de atravesar, desde un presente exclusivamente caracterizado como 'pos'.

*Fecha de recepción: Agosto 2019*

*Fecha de aceptación: Septiembre 2019*

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University  
am31@princeton.edu

## **Referencias**

### **Abraham, K.**

(1990) 'The Media Crisis: Africa's Exclusion Zone', SAPEM, 47-9.

### **Arrighi, G.**

(1991) 'World Income Inequalities and the Future of Socialism', New Left Review, 1 (189): 40-65.

### **Ashcroft, B., Griffiths, G. y Tiffin, H.**

(1989) *The Empire Writes Back: Theory and Practice in Post-Colonial Literatures*. Routledge: London.

### **Euloe, C.**

(1989) *Bananas, Beaches, and Bases: Making Feminist Sense of International Politics*. Berkeley: Univ. of Colorado Press.

### **Fanon, F.**

(1963) *Wretched of the Earth*. Penguin: London.

### **Fukuyama, F.**

(1990) "Forget Iraq – History is Dead". *The Guardian*, Domingo 12 de Agosto de 1990, 3.

**Gallery Brochure**, "The Hybrid State Exhibit," Exit Art, 578 Broadway, New York (Nov 2-Dic 14, 1991).

### **Hartman, C: y Vilanova, P.**

(eds.) (1992) *Paradigms Lost: The Post Cold War Era*. London: Pluto Press.

### **Hancock, G.**

(1989) *The Lords of Poverty*. London: MacMillan.

### **Legget, J.**

(ed.) (1990) *Global Warming: The Greenpeace Report*. Oxford:Oxford University Press.

### **Meldrum, A.**

(Jueves 25 de Abril, 1991) *The Guardian*, 13.

**The Guardian**, martes 14 de enero, 1992, 9.

**Dra. Anne McClintock**

Princeton University  
am31@princeton.edu